

REVISTA MÉDICA PERUANA

VOCERO OFICIAL DE LA ASOCIACION MEDICA PERUANA
"Daniel A. Carrión"

SECRETARIA DE ACCION CIENTIFICA

COMITE DE PRENSA

DIRECCION CIENTIFICA

Prof. Max González Olaechea. — Prof. Guillermo Gastañeta —
Prof. Rafael Alzamora. — Prof. Pedro Weiss. — Santiago
Sánchez Checa. — Luis Angel Ugarte

DIRECTORES FUNDADORES

Juan B. Lastres. — Ov- García Rosell. — Mauricio Dávila.

SECRETARIA DE REDACCION

Secretario Jefe. — Gabriel Delgado Bedoya

Redactores. — Aurelio Peralta V., Alfredo Leví Rendón

Secretaría de Correspondencia y Administración
Juan A. Werner, Miguel Cerveili

Bibliotecario. — Vitaliano Manrique V.

Para todo asunto relacionado con la Revista, dirijase al apartado
925 o al teléfono 33539. — L i m a

Sumario

EDITORIAL.

TRABAJOS ORIGINALES.

La obra psiquiátrica del Dr. Hermilio Valdizán. — Prof. Honorio F. Delgado.

Hermilio Valdizán, historiador de la Medicina Peruana. — Dr. Juan B. Lastres.

Periorquitis y Edema Escrotal consecutivos a la inoculación experimental de Spirella Minus. — Srs. J. Jiménez Franco y Héctor Colichón.

VIDA MEDICA.

Dr. Honorio F. Delgado

Director del Hospital "Dos de Mayo"

El V aniversario del fallecimiento del Dr. Hermilio Valdizán — Romera al Cementerio. Discurso del Dr. Baltazar Caravedo.

Actuación solemne en la Academia de Medicina. Discursos de los Drs. Baltazar Caravedo y Juan F. Vallega.

REVISTA DE LIBROS.

Enfermedades sexuales y sífilis de los órganos internos. — Prof. Dr. E. Melrowsky y Dr. Schott.

Tratado de diagnóstico. — Dr. F. de Quervain (1934).

REVISTA DE REVISTAS.

Suppurative Pleurisy. — Dr. E. K. Tanner. The Journal of Surgery, Nov. 1934. Canjes Nuevos.

Índice de los trabajos publicados en la Revista durante el año 1934.

NOTA TERAPEUTICA:

Número suelto	S/ s.	1.00
En Lima al año	"	40.00
En provincias	"	12.00

Al cambiar su dirección sírvase darnos con anticipación la antigua y nueva dirección para asegurar su entrega.

REVISTA MEDICA PERUANA

AÑO VI

DICIEMBRE 1934

N. 72

EDITORIAL

La aurora de un nuevo año comienza a alumbrar una vez más con su viva luz nuestra Revista. La rueda del tiempo en su lento girar ha dado una vuelta más. Iniciamos el VI año de vida. El tiempo se sucede, y parece, que este renovarse de los años influyera poderosamente en las almas. Nos sentimos plenos de entusiasmo y con renovadas energías. El tiempo no hace sino acrecentar nuestro optimismo. Quien trabaja sin dobleces ni mentiras, con sinceridad, con fé, con desinterés absoluto, bien puede sentirse satisfecho. La verdad y el trabajo se imponen siempre. Es nuestro lema. Hemos caminado bajo esta inspiración y notamos con alegría que no viajamos en tierra estéril. El espíritu del gremio médico parece que va cambiando y se ofrece más dispuesto a las buenas iniciativas y más entusiasta por el acercamiento colectivo. Muy sugestiva es esta observación porque ella es presagio de mejores momentos para la vida nacional médica.

Mucho hemos hecho, poco es lo que aparece al exterior. No importa. La publicidad no nos interesa ni nos ha interesado nunca, lo que nos preocupa es el bien colectivo, por este santo objetivo trabajamos y trabajaremos tenaz e intensamente. No pocas veces escuchamos voces interesadas en opacar o quitar mérito a todas nuestras actividades. Es un síntoma de nuestra indiosincracia. Se piensa sin duda, que estamos empeñados en ocupar situaciones espectables y deslumbrantes. Olvidan ingenuamente los que tal piensan que los hombres tenemos un pasado, que si bien no es la expresión fiel de lo que somos, es al menos un valioso exponente, de las posibilidades presentes y futuras. A nuestra independencia, serenidad y corrección, nos acojemos. Los pocos que están a nuestro lado y los muchos que hoy nos acompañan, saben bien, cuanto descuidamos nuestras propias actividades en favor de los más.

Al presente, sentimos la necesidad ineludible de volver la mirada al pasado. Al hacer el recuerdo de los años transcurridos desde la aparición de nuestro órgano, hasta hoy, sentimos una honda y sincera satisfacción. En el pasado el gremio médico aparecía dispersado,

El gremio médico espera mucho de su juventud, de su talento y de su entusiasmo.

La "Revista Médica Peruana" se congratula de este nombramiento y envía al doctor Quesada, su más sincera felicitación.

M. D.



EL V ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DEL DR. HERMILIO VALDIZAN

El 26 de diciembre se llevaron a cabo los homenajes organizados por la "Sociedad Peruana de Psiquiatría" de la cual el Prof. Valdizán fué uno de sus miembros fundadores y primer presidente.

Desde las 11 a. m. comenzaron a congregarse en el hall del "Hospital Dos de Mayo", gran cantidad de médicos y estudiantes de medicina. Delegaciones de la Facultad de Ciencias Médicas, Academia Nacional de Medicina, Asociación Médica Peruana "Daniel A. Ca-

rión", Sociedad Geográfica, Escuela de Bellas Artes, Escuela Nacional de Enfermeras, Escuela de Enfermeros, especializados de Psiquiatría. Representantes de los hospitales "Dos de Mayo", "Arzobispo Loayza", "del Niño", "la Maternidad", "Hop. V. L. Herrera", invitados por la Comisión organizadora presidida por el doctor Baltazar Caravedo e integrada por los doctores Honorio Delgado, Juan Francisco Valega, Carlos Krumdieck, Fernando Loayza, E. Lizárraga F. y José Max Arnillas Arana.

La comitiva partió con rumbo al Cementerio General, dirigiéndose al cuartel de "San Juan Bautista" en uno de cuyos nichos yacen los restos del ilustre maestro. Depositadas las ofrendas florales hizo uso de la palabra el Doctor Baltazar Caravedo.

DISCURSO DEL DR. BALTAZAR CARAVEDO EN EL CEMENTERIO

Señores:

Un deber nos reúne en este momento lleno de emoción. Hemos venido, los que trabajamos en el Hospital "VICTOR LARGO HERRERA" para tributar homenaje ante la tumba del que fué nuestro Di-



Homenaje al Dr. Valdizán en el V aniversario.

rector, caído hace cinco años en pleno apogeo intelectual. Su muerte consternó a la sociedad y su entierro fué una imponente manifestación de duelo. Las instituciones culturales y científicas, que hoy nos acompañan realzando el homenaje, expresaron, en aquella oportuni-

dad, su más profundo sentimiento por tan infausto suceso, que privaba al Perú de un médico preclaro y a la Psiquiatría de uno de sus más eminentes cultivadores. Nos trae el recuerdo de sus actos, la grandeza de su obra y la perenne sugestión de sus notables condiciones personales — y la ceremonia que nos congrega, expresa elocuentemente el reconocimiento a los méritos del hombre de ciencia que consagró su vida al bien y a la salud de sus semejantes.

Esta sentida manifestación de justicia, es también de dolor de sus compañeros, que aún no se resignan al vacío que el doctor Hermilio Valdizán nos dejara — cuando juntos trabajábamos animados de los mismos ideales, confundidos en los mismos afanes. Rendimos tributo al ilustre alienista que tanto honró el Hospital de su dirección y en donde su espíritu ha dejado profunda huella; porque su obra representa el esfuerzo de la inteligencia y del amor. El doctor Valdizán se dedicó a la especialidad con admirable desprendimiento, y con él se establece la escuela psiquiátrica en el Perú.

El doctor Valdizán puso su gran prestigio y capacidad al servicio de la reforma iniciada en 1929, con la cooperación y filantropía del señor Víctor Larco Herrera. Escritor notable, señaló públicamente la misión social de nuestros esfuerzos y con nosotros marchó animando aquella evolución que ha traído como consecuencia el cambio de métodos y sistemas en la manera de asistir y tratar a los enfermos mentales en el Perú.

El doctor Valdizán ocupó alto puesto en el escenario médico, adonde llegó por su perseverante amor al estudio y por sus condiciones de trabajador infatigable. Por las bondades de su corazón y las luces de su talento, conquistó la fortuna moral, la admiración de sus compañeros y discípulos y la gratitud de tantos hogares consolados. Vivió intensamente; parece que hubiera adivinado su destino, desapareció cuando la obra realizada hacía pensar en mayores triunfos.

Raros casos como el del doctor Valdizán — en el que se aunaron las cualidades del hombre de ciencia, el espíritu profundamente humano del psiquiatra y el celo apostólico del maestro que entrega a sus alumnos — toda su experiencia — creando en torno suyo un ambiente de simpatía y austeridad.

En nombre del Hospital "VICTOR LARCO HERRERA", rindo el homenaje — colocando estas flores sobre su tumba, simbólica ofrenda de sus compañeros, que anhelan perpetuar en el tiempo: su admiración y los afectos inquebrantables.

Actuación solemne en la Academia Nacional de Medicina

Después de las 6 y media p. m., se realizó en el local antes citado la actuación organizada por la "Sociedad Peruana de Psiquiatría"; en éste acto, estuvieron representadas todas las Instituciones y Sociedades antes enumeradas, concurriendo selecto auditorio formado en su mayor parte por médicos estudiantes de medicina y enfermeras.

Inició la actuación el presidente de la Comisión Dr. Caravedo con un discurso que publicamos en este mismo número.

En seguida ocupó la tribuna el doctor Honorio Delgado, quien con la competencia y versación que les son características leyó el trabajo que publicamos en otro lugar.

El Dr. Juan Francisco Valega leyó el ameno trabajo titulado "Mis recuerdos de Hermilio Valdizán" que reproducimos a continuación.

El representante diplomático del Ecuador Dr. Homero Viteri Lafrente que se había asociado al homenaje, improvisó un bonito discurso haciendo resaltar las grandes dotes que como historiador de la Medicina americana tenía el Prof. Valdizán, haciendo presente que en cuanto a historia médica nacional ningún país estaba a la altura del Perú gracias al esfuerzo desplegado por nuestro malogrado maestro.

El Dr. Juan B. Lastres como representante de la Asociación Médica Peruana "Daniel A. Carrión" como adhesión al homenaje tributado, leyó el conceptuoso trabajo sobre la personalidad del Prof. Valdizán como historiador de la Medicina Peruana.

DISCURSO DEL DR. BALTAZAR CARAVEDO EN LA ACADEMIA DE MEDICINA

Señores:

La Sociedad Peruana de Psiquiatría celebra sesión solemne con el fin de tributar homenaje a la memoria del Profesor Hermilio Valdizán. Hemos creído deber ineludible rendir público tributo a quien fuera su fundador y primer Presidente — cuyo nombre está íntimamente ligado al progreso de la Psiquiatría en el país; y para realzar el homenaje, hemos solicitado el concurso de las corporaciones médicas culturales aquí presentes y el recinto de la Academia Nacional de Medicina — todo lo que obliga el agradecimiento de la Institución que me honro en presidir.

El 4 de Noviembre de 1923, los médicos del entonces Asilo Colonia "VICTOR LARCO HERRERA", acordaron fundar la Sociedad Peruana de Psiquiatría, para cooperar al desenvolvimiento y progreso de la especialidad, para conseguir la contribución nacional y estudiar y procurar los recursos profilácticos. De esa manera, tendía el Cuer-

po Médico a hacer del Asilo Colonia un centro de cultura; hecho de gran trascendencia y significación social y científica, porque la experiencia enseña que los deberes profesionales frente a los enfermos son mejor comprendidos — si los médicos de los establecimientos de asistencia se dedican al estudio y a la investigación.

A la reunión inaugural concurrieron los doctores: Hermilio Valdizán, Estanislao Pardo Figueroa, Baltazar Caravedo, Sebastián Lorente, Honorio Delgado, José Montoya y Guillermo Almenara. Asistió especialmente invitado el señor Víctor Larco Herrera, a quien se designó Miembro Honorario y cuya filantropía ha sido tan provechosa para el progreso de la asistencia de los enfermos mentales en el Perú. Asimismo, se acordó que existiese solamente un cargo especial, indispensable, el de Secretario, siendo elegido el doctor Honorio Delgado.

Durante seis años, el doctor Valdizán dirigió la Institución con el brillo de su prestigio singular. La Sociedad Peruana de Psiquiatría fué escenario de su fecundidad científica; se puede decir que abordó todos los problemas psiquiátricos, de manera especial los relacionados con el Perú.

Desde muy niño mostró inclinación por los estudios científicos. Recibido de médico en 1910, después de haber alcanzado las más altas notas y distinciones — y que en resúmen no era más que la continuación de su brillante época de colegial; porque en la vida y méritos del doctor Valdizán — no hubo sino una línea ascendente.

Premiado por la Facultad de Medicina de Lima con un viaje de estudios, permaneció en Italia de 1911 hasta 1914, en donde se dedicó a la especialidad, trabajando al lado de grandes maestros que apreciaron las notables condiciones del doctor Valdizán. De regreso de Europa, trajo mayor experiencia y caudal de conocimientos; e inicia la era más laboriosa y productiva de su existencia. En 1918, es designado por la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima Médico Residente del Asilo Colonia de Magdalena, y poco tiempo después, ocupa la Dirección, foco principal de donde irradió las luces de su cerebro privilegiado. El doctor Valdizán fué uno de los reformadores de la asistencia de los enfermos mentales en el Perú. Sus compañeros, con motivo del primer aniversario de su muerte, homenaje al que se adhirió generosamente el señor Víctor Larco Herrera, perpetuaron en el bronce la verdad de su reconocimiento — símbolo que ha de triunfar sobre el enigma, al prolongarse más allá de los dinteles de la vida.

Para tener una noción clara de la personalidad médica del doctor Valdizán, que aumentó el patrimonio científico del país, es preciso revisar todas las publicaciones nacionales de Medicina de su época y algunas del extranjero. Como escritor, fué de una fecundidad

extraordinaria; se ocupó de los temas más diversos, y como historiador médico, la más grande autoridad que ha tenido el Perú. Su "DICCIONARIO DE MEDICINA PERUANA", obra de erudición y paciencia admirables, basta para inmortalizar el nombre de Valdizán. Asombra contemplar la obra realizada, y a medida que pasa el tiempo, se le aprecia mejor y su figura crece

En la Cátedra de Psiquiatría, así como en la de Jurisprudencia Médica, ambas fundadas por él, puso de relieve la importancia de esas disciplinas y despertó la admiración de sus discípulos y de cuantos asistían a sus conferencias, en las que ponía de manifiesto sus excepcionales condiciones de maestro: su elocuencia y método atraían siempre el interés de sus alumnos; el doctor Valdizán, como profesor, tenía el gesto fraternal del que todo lo entrega.

Fundó en hora feliz para nuestra cultura, la importante "REVISTA DE PSIQUIATRIA Y DISCIPLINAS CONEXAS" en unión del doctor Honorio Delgado, su discípulo predilecto. Las páginas de esa Revista, la primera de la especialidad en el país, desgraciadamente desaparecida de la circulación, constituyen un precioso archivo de parte muy importante de su labor psiquiátrica

El 25 de Diciembre de 1929, a los 44 años de edad, el doctor Valdizán nos dejó súbitamente. Su muerte significó la pérdida irreparable de una de las más grandes figuras médicas del Perú. Conster-nado por tan cruel desaparición, el país, por intermedio de sus elementos representativos, dejó sentir su voz de dolor con ocasión de sus funerales; y hoy, con motivo del quinto aniversario de su fallecimiento, la Sociedad Peruana de Psiquiatría no se limitará a deplorar una vez más la pérdida que tan hondamente nos afecta, sino que tributará el homenaje acordado en la sesión del 20 de Octubre del presente año — recordando la obra psiquiátrica del doctor Valdizán y su vida y últimas preocupaciones médico-sociales; honroso encargo que ha sido confiado con admirable fino a la autoridad del Prof. Honorio Delgado y al doctor Juan Francisco Valega, de reconocida competencia en materia de Medicina Social. Ambos distinguidos compañeros son reputados y con razón, como los que más conocen la vida y la obra del eminente psiquiatra desaparecido.

MIS RECUERDOS DE HERMILIO VALDIZAN

Dr. Juan F. Valega

Mi primera noticia de la existencia de Hermilio Valdizán se remonta a mis días escolares. Era yo alumno del Colegio de Labarthe, plantel considerado como uno de los mejores de la capital. Corría el

ño de 1908, o el de 1909. Allí oí decir a alumnos mayores, orgullosos de su colegio: "Aquí se educaron José Santos Chocano, Clemente Palma, Hermilio Valdizán". Por entonces, Valdizán no había egresado todavía de la Escuela de Medicina; no obstante, su nombre era citado, al lado de otros ya ilustres de la intelectualidad del país, por los adolescentes del plantel en que se educó. Su vida purísima, dedicada desde temprano al estudio y a la investigación, su copiosa e inteligente actividad periodística, y, sobre todo, la videncia de maestros y discípulos que nunca yerra, explican aquella enumeración. En el decurso de los años, Valdizán confirmó esa fama con generosidad.

Mi conocimiento personal con don Hermilio data del año 17. Satisface una viva curiosidad. Hermilio Valdizán era ya una figura merecidamente consagrada. Sus trabajos de investigación de nuestra medicina vernácula, su competencia en la Psiquiatría, especialidad que él afirmó ante el concepto público, le rodeaban de atracción. Ello ocurrió en la sociedad médica "UNION FERNANDINA". En el año referido, mis compañeros de estudio, que se habían distinguido ya por su calidad de inquietos, irrumpieron en la vieja institución. A nuestro juicio, esa sociedad mixta de médicos y de alumnos, atravesaba una etapa de marasmo. Y como estábamos ansiosos de actividad, no conformándonos con la sola vida facultativa, nos apoderamos del Comité Directivo de esa institución. En las elecciones fué designado Hermilio Valdizán para ocupar el cargo de Tesorero. La nueva junta actuó con verdadero entusiasmo. Debo decir que nuestros propósitos fueron coronados por el éxito. Aumentamos copiosamente el número de socios, reunimos mucho dinero, pagamos el alumbrado, el serenazgo y el servicio de agua que se debían por años, remozamos el interior y el exterior del local, en tanto que ese gran estudiante que se llamó Ricardo García Gastañeta, tan dolorosamente perdido, y Rafael Alzamora, se entregaban a la devota tarea de poner en orden la biblioteca y de catalogarla. En todas esas labores, nos acompañó la simpatía y el consejo de Hermilio Valdizán.

Fué en las vacaciones de ese mismo año que iniciamos en la misma sociedad fernandina cursillos de extensión cultural. Hermilio Valdizán, a quien siempre preocupó la escasa preparación psicológica que llevaban los alumnos al curso de Psiquiatría, que él fundara en la Facultad, nos ofreció una serie de lecciones nocturnas sobre Psicología Elemental, que fueron escuchadas por crecido auditorio estudiantil.

La vinculación de nuestros compañeros de año con el gran maestro era sólida. En nuestro grupo figuraba Carlos Schowing, paisano de Valdizán, que se encargaba de robustecerla. No obstante, el año de 1918 ocurrió un incidente que nos resintió mutuamente. El jurado

de la prueba médica en el concurso de internos, del que formaba parte don Hermilio, si bien nos aprobó, dirigió a la Facultad un informe muy desfavorable para nosotros. Ese jurado, al censurar nuestra preparación clínica, tuvo en mira, según lo supimos después, propiciar una reforma de la enseñanza práctica en la Facultad de Medicina. La crítica cayó, por desgracia, sobre un grupo de engreídos auto-didactas, quienes en todo momento nos habíamos esforzado por superarnos, sin publicidad de ningún género, desdeñosos como éramos de toda propaganda. Entre otros esfuerzos, habíamos constituido una sociedad de alumnos del año, con local propio, para nuestra mútua ayuda en el aprendizaje. El informe en cuestión fué contestado por nosotros. Esto y aquello originaron el resentimiento, más no el distanciamiento. Años después conversé sobre este punto con don Hermilio y comentamos sonrientes el episodio.

En el año de 1919 ocurrió el estallido estudiantil. Apasionadamente nos enfrentamos alumnos y profesores. Y como hubo pasión, no hubo comprensión. El choque fué violento. Hermilio Valdizán, aunque amigo de los estudiantes, no simpatizaba con el movimiento. Esa agitación, que fué dirigida en la Facultad de Medicina por los que entonces cursábamos el séptimo año de estudios, alcanzó los objetivos materiales que se propuso. Los objetivos trascendentes, aquellos que solo pueden lograrse por un cambio en la dirección espiritual de maestros y discípulos, afirmado en una acertada comprensión del verdadero rol de la Universidad, no se alcanzaron, ni entonces, ni después. Guzmán Barrón y yo, en ocasión reciente, hicimos algunas rectificaciones que hubieran sido gratas a Hermilio Valdizán.

En cada año que venía el maestro nos brindaba nuevos frutos de su actividad. Enriquecía la bibliografía nacional con obras de investigación de nuestra historia médica y revivía en crónicas admirables personajes y sucesos de otro tiempo. Hermilio Valdizán se afirmaba como un insuperable maestro de peruanidad. No la actitud de quien se aferra al pasado, y lo usa luego como catapulta contra la inquietud superadora de los nuevos, sino la del hombre de estudio, sereno, objetivo, que lo exhuma para establecer el nexo histórico de las edades. Hermilio Valdizán, por medio de su obra, esclareció desde las épocas más distantes nuestro pasado médico y en tal sentido nos vinculó con nuestro ayer.

En el año de 1927 ingresé como Médico Auxiliar al entonces Asilo Colonia "Víctor Larco Herrera". Fué la circunstancia feliz que me permitió conocer de cerca a Hermilio Valdizán. Alguna vez el maestro me instó para que me incorporara en la reducida familia de los psiquiatras peruanos. Otros afanes me hicieron desoír su solicitud. A Valdizán le preocupaba el porvenir de la Psiquiatría en el Perú, y constantemente trataba de ganar prosélitos a esa causa.

La especialidad psiquiátrica, tan en auge en otros países, no se extendía entre nosotros, no obstante las figuras de valer con que contábamos. Era indispensable aumentar el número de sus cultores. Y a este fin, Hermilio Valdizán, como Director del Asilo Colonia, consiguió de la Sociedad de Beneficencia la creación de los auxiliares, base imprescindible para asegurar la continuidad de la obra emprendida por el maestro.

Desde los primeros meses establecí con el maestro una estrecha relación personal. Valdizán era acogedor, con acogida exquisita; pero, al principio, alguna defensa oponíamos a su mirada amablemente escudriñadora, proyectada por encima de sus lentes. Le visitábamos por la mañana. A la izquierda de la puerta de la Avenida del Ejército quedaba la casa-habitación del Director del Asilo, rodeada de moreras, cuyos frutos emporcaban el piso. Allí le encontrábamos invariablemente en plena labor. Entre sus papeles, tecleando la máquina de escribir. Al lado, el paquete de cigarrillos, de los que hacía uso casi continuo mientras trabajaba. Una americana de lino era su indumentaria típica de verano. Jamás demostró impaciencia ni irritabilidad cuando se le interrumpía. La charla rodaba sobre tópicos psiquiátricos o sobre cuestiones universitarias. Se interesaba constantemente por nuestro plan profesional. Esas visitas llegaban a su término, a la hora en que don Hermilio debía emprender viaje a la capital para atender a su cargo de Secretario de la Facultad. El auto por la Avenida Brasil, obedeciendo instrucciones expresas de él, no pasaba los 40 kilómetros por hora.

Los que más le frecuentábamos éramos Carlos F. Krumdieck, Enrique Encinas y yo. Más atareado, Fernando Loayza lo hacía con menor asiduidad. Nos consideraba sus hermanos menores, llamándonos a veces por nuestros nombres de pila, y me atrevo a pensar que nuestro cariño y respeto por él, cuya sinceridad no podía escapar a un experto de su clase, le producían contento. En la época a que me refiero, Honorio Delgado, el discípulo y amigo predilecto del maestro, se hallaba en Europa. No cabe duda que nuestras visitas, a veces muy prolongadas, a don Hermilio, han dejado sin escribir muchas páginas de la literatura médica nacional; pero, eso sí, nos cabe la satisfacción de haberle procurado ratos, tal vez los únicos, de esparcimiento, en medio a una labor perseverante, tenaz, a la que no daba tregua sino para acoger cordialmente a quienes tocábamos a su puerta.

En Enero de 1928 un nuevo motivo exaltó mi afecto por Hermitarios por distintos países del Norte de la América y de Europa, Hermilio Valdizán. En 1925 había realizado yo un viaje de estudios. Ese viaje había sido organizado y financiado por la Liga de las Naciones entre médicos de la América Latina. La mira del Comité de Hi-

gienes de esa institución internacional era la de procurar la formación de higienistas en situación de contribuir al bienestar de sus países respectivos. Tomé en serio el viaje, recogí estímulos valiosos en el estudio de organizaciones sanitarias diversas; no obstante, llegado al Perú—caso curioso de país insalubre que no requiere de higienistas— no me fué dado aplicar lo aprendido al servicio de la Nación. Pero, yo necesitaba derivar en alguna forma el valioso caudal de incitaciones recogidas durante el viaje. De dos modos se puede trabajar por la higiene de un país: desde sus servicios de administración sanitaria o contribuyendo a crear conciencia pública. Ya Carlos Enrique Paz Soldán, el jefe y amigo a quien tanto aprecio, me había hospedado en su cátedra de Higiene. Más yo deseaba una tribuna periodística desde la cual contribuir a la cultura sanitaria popular. La obtuve en el diario "El Tiempo". Cuando consulté mi proyecto a Don Herminio me lo aprobó cálidamente. Eso no fué todo. Después de aparecer la primera página de "Los Viernes Médicos", que lucía ya un artículo de Paz Soldán, recibí una colaboración, suscrita XX, escrita a máquina y en papel de color amarillo. La leí ávidamente. Era una ayuda intelectual y moral magnífica. Por el estilo primoroso y sencillo, por su contenido que denunciaba a un escritor de fuste, por la hoja de color amarillo en que estaba redactada —Valdizán usaba siempre ese color de papel para escribir—, descubrí que su autor era el maestro. Era la primera carta de la serie: "A TI QUE ERES PADRE..." Aquilaté lo que esa colaboración significaba para mí, y me sentí conmovido. Valdizán, hombre atareadísimo y en el apogeo de su fama, me auxiliaba en la tarea modesta, casi anónima, que había emprendido. Yo correspondí a ese estímulo, continuando, sin desmayos, esa labor durante todo el tiempo, dos años y medio, en que las circunstancias, me fueron favorables.

Valdizán publicó en "Los Viernes Médicos" de "EL TIEMPO", una serie de doce cartas. Esas cartas han sido editadas en un librito que ha visto la luz pública en el presente año. En ellas el incomparable escritor emite su mensaje en favor de un amor paternal inteligente. Su espíritu se ha vertido amablemente en esas epístolas, haciendo inteligibles para el gran público puntos abstrusos de la especialidad médica que cultivó.

En la segunda mitad de 1928, fácilmente, se establecieron las charlas dominicales en su biblioteca particular. Valdizán había hecho construir al lado de su casa de Director una habitación independiente. Allí instaló su biblioteca. Era una pieza de relativa holgura, que permitía albergar una gran mesa de trabajo. La mesa estaba cubierta por un tapete de castilla rojo. En anaqueles sobrios, se alineaban los libros. Se nos hizo hábito visitarle los domingos y días fe-

riados, a partir de las 11 y 30 de la mañana. La charla demoraba hasta cerca de la una. Distintõs tópicos se traía a colación, y no faltaba la nota humorística, hilarante. Era un mirador amable de las cosas del presente y del ayer. En esas charlas, cuando venía al caso, actuaba yo de lector. Unas veces, leía poemas inéditos de Percy Gibson, que llevaba Honorio Delgado; otras, artículos de Adán Felipe Mejía, el formidable escritor humorista casi inédito. Mejía, con su gran prosa animada, hacía desfilar en sus artículos a José Santos Chocano, Domingo Martínez Luján, Clemente Palma, Manuel Beingolea. Y la lectura que yo hacía de ellos, a satisfacción me imagino de los oyentes, viraba la conversación del tema científico al literario.

Un importante refuerzo recibieron esas pláticas dominicales con la presencia de Daniel Mackehenie, a quien acompañábamos, al caer la mañana, Krumdieck o yo, desde su laboratorio del Hospital Loayza al Asilo Colonia de la Magdalena. Fué oportunidad para que entre Valdizán y Mackehenie, se estrechase una antigua amistad. Mackehenie, con su vasta cultura, ricamente matizada por una sensibilidad finísima, suscitó vivo afecto y admiración en Valdizán. Recuerdo la mañana en que el maestro extrajo de sus anaqueles un libraco de la época de la Colonia que no contenía mas texto que una interminable nómina de funcionarios públicos. Era un libro árido, a primera vista. Pues bien, Valdizán y los que con él estábamos, hubimos de escuchar, durante diez minutos lo menos, los sabrosos y evocadores comentarios que a Mackehenie sugirió esa fatigosa lista de nombres.

Valdizán estaba verdaderamente preocupado porque Mackehenie, zahareño, casi hirsuto, rompiese su soledad. Y conspiró contra ella presentando a la Facultad de Medicina la proposición merecidísima de que se le otorgase diploma de Doctor Honoris Causae. Ya, Mackehenie, en importante obra de investigación, había revolucionado los métodos de nuestra medicina experimental, llevando los temas complejos de nuestra patología a alturas que sólo podían ser alcanzadas por él. Esa proposición de Valdizán fué aprobada por la Facultad, con el aplauso entusiasta de médicos y estudiantes. Cuando desaparecido el maestro, han continuado los triunfos científicos de Mackehenie, en cada uno de ellos he pensado yo en Hermilio Valdíván, su gran amigo, y en la alegría que le hubieran deparado.

Adán Felipe Mejía, a quien acompañé un domingo a casa del maestro y que llevaba la misión de reportearle acerca de la personalidad de José Casimiro Ulloa, asistió a una de esas charlas. De ellas y de la figura egregia de Valdizán dijo en su reportaje publicado en "EL TIEMPO", de Lima, el 5 de Marzo del 29, lo siguiente: "Uno de los más lujosos derroches de intelecto que hemos tenido ocasión de escuchar en los últimos tiempos... En torno a la figura acogedora y plena de infinita bondad, los espíritus sueltan sus reservas y aban-

donan sus baluartes recónditos: es el poder formidable y subyugador de una riqueza espiritual propiciadora exquisita".

Debo señalar, como una de las tantas pruebas de la longanimidad de Valdizán, para usar una expresión certera de Honorio Delgado, que esas charlas terminaban con un pequeño refrigerio. Don Hermilio, no obstante estar él sometido a una dieta severísima, le gustaba ver paladear a sus amigos. El mismo, cuando había motivo para ello, organizaba en el Hotel "Bertolotto" de San Miguel, almuerzos o comidas con platos exquisitos y licores finos, que nunca probaba.

A comienzos del año 1929 se dió una posibilidad que produjo gran desazón en el maestro. Se proyectaba incorporar en la organización del Asilo Colonia una congregación religiosa. Valdizán, junto con Caravedo, Pardo Figueroa, Lorente, habían propiciado y logrado el régimen laico en la asistencia de los enfermos mentales. En este punto de doctrina, el maestro era inexorable. Si esa transformación se operaba, habríamos de abandonar el establecimiento. La batalla se libró y el cambio aquel no se produjo. Valdizán amaba su ambiente del Asilo Colonia, en él su espíritu se había impreso en forma perdurable en seres y cosas, los enfermos eran sus amigos y la paz virgiana del establecimiento constituía el clima más propicio para su productividad portentosa. En cierta ocasión, cuando el cambio ese parecía más probable, hubo de decirme: "Valega: si yo tengo que salir, me pasará lo mismo que al preso, a quien sacan de su encierro después de veinte años". Inmediatamente contesté: "No, doctor: si nosotros salimos de aquí es para regresar. Continuaremos la lucha. Fundaremos un diario por la causa de la asistencia en el Perú". El rostro del maestro se iluminó. Acertamos a levantar su espíritu en momentos en que decaía. Valdizán, no obstante ser un realizador fecundísimo, saboreaba, en veces, la fantasía de proyectar. Por un rato, conversamos sobre la índole del diario y su posible plana de redacción.

La bondad de Valdizán corría parejas con su talento. El se daba equitativamente a todos. No niego sus predilecciones afectivas, pero, como eximio conocedor del alma humana y de la razón de sus flaquezas y desviaciones, a todos amaba, sin excepción. La siguiente observación realizaba por un amigo común, expresa muy bien esa modalidad de Valdizán. El amigo me dijo: "Yo no comprendo la bondad de Valdizán. Me recibe con un cariño del que no puedo dudar. Pero, en seguida ingresa el chinillo alienado que vá por las colillas de cigarrillo y lo recibe con el mismo afecto que a mí".

Los dos últimos años de su vida fueron de especial intensidad para el maestro. A más de su cargo de Director del Asilo Colonia, de Secretario de la Facultad, de Catedrático de Psiquiatría en la de

Medicina, y de Jurisprudencia Médica en la de Derecho, dictaba lecciones de Psicología en el Instituto Pedagógico Nacional, estas últimas ad honorem.

¡Nueve horas de clase a la semana! Todo esto, a más las tareas de investigación, socavaba su ya disminuída salud. Su vida toda había sido de esfuerzo continuo, un verdadero holocausto en aras de un ascendido afán peruanista. Su organismo no pareció percibir nunca la señal de alarma de la fatiga. Ni en sus épocas de estudiante de Medicina, en que, a la vez, dictaba clase a los alumnos de Primaria: menos, después, en las lides periodísticas. El mismo señala este último factor en la conferencia que sobre Higiene Mental dictó a la Asociación Nacional de Periodistas, el 28 de Septiembre de 1929: "El trabajo de periodista exige, en buen número de casos, un sacrificio que yo realicé de buen grado durante mis años de repórter de "EL TIEMPO" y de "LA PRENSA", y que solo debe ser realizado con ciertas precauciones. Quiero referirme al trabajo nocturno". A esos factores de trabajo intensivo que fueron la regla en toda su vida, hay que agregar la incidencia de una infección palúdica grave contraída en el Asilo Colonia. Todo ello minó su sistema cardio-renal, haciendo precaria una existencia que debió ser muy larga.

Don Hermilio tenía la noción clara de que sus días estaban contados. Esta noción no hizo sino centuplicar sus esfuerzos. Ese sentimiento de vida breve explica el amor lleno de ansiedad que experimentaba por sus tiernos hijos. Estos determinaban sus alegrías. La idea cierta de que no los vería crecidos los interrumpía. Pero, esas depresiones jamás restaron su rendimiento intelectual.

Una preocupación muy intensa de él en los últimos tiempos era el problema de la selección previa del estudiante universitario. Reformador constructivo, veía en esa selección el indispensable cambio radical de nuestro ambiente universitario. Su cargo de Presidente del Jurado para el examen de ingreso a la Universidad le daba la autoridad requerida. A más de la aptitud intelectual, que era el solo punto a que se contraía la prueba de admisión, él deseaba que se estableciese un sistema para la calificación de la aptitud integral. Con su sencillez característica, en nota dirigida a la Universidad, el 22 de Abril de 1929, lo dijo así: "Aptitud integral, resultante de una aptitud orgánica, de una aptitud intelectual y de una aptitud moral".

No cabe duda que sus actividades voluntariamente redobladas en el último año de su vida, en constante entrega espiritual, indicaban que el maestro se despedía. Sus últimos alumnos del curso de Psiquiatría, los de 1929, algo extraordinario debieron notar en sus palabras y en el tono de su voz, que le escucharon y rodearon con más cariño y respeto que los de otros años. En repetidas ocasiones le oí-

mos expresar satisfacción por esos alumnos. No cabe duda que el maestro se despedía, y sus discípulos se daban cuenta de ello.

Llegó la Pascua de 1929. Don Hermilio acostumbraba celebrar esa festividad con verdadero entusiasmo. Atendía con todo celo a la confección de un buen programa para los enfermos en el Teatro del Asilo. Después, de esa función, a la que él siempre asistía, se decía la Misa de Gallo, con concurrencia de todo el personal. Terminada la fiesta en el establecimiento, sus amigos éramos invitados a pasar a su casa-habitación, en la que se nos regalaba con una buena cena. Esa noche le acompañamos Carlos F. Krumdieck, Enrique Encinas y yo. El maestro estaba contento. En la mañana había comentado risueñamente una frase aparecida en el Calendario de "Los Viernes Médicos": "Aulto: alégrese usted, los niños no se explicarían porqué siendo Pascua tiene usted la expresión triste". Después de la cena, se hizo música y se charló. El tópic principal era, la selección previa del estudiante. En las vacaciones esperaba el maestro dar cima a su proyecto para la determinación de la aptitud integral del aspirante a la Universidad e implantar el sistema en el año universitario siguiente. Nos despedimos del maestro a poco más de las dos de la mañana. Momentos antes, había dicho: "Tengo la idea de que ésta es la última Pascua que paso con mis hijos".

La noche siguiente, recibimos por teléfono la triste noticia de la muerte súbita del maestro. Poco después de las 11 de la noche había ocurrido el hecho fatal. Presurosos, acudimos, en escasos minutos, casi todos los médicos del establecimiento, más el doctor Rafael Alzamora, especialista con quien solía consultarse el maestro. Hermilio Valdizán moría a los 44 años de edad.

Su entierro fué manifestación elocuente del pesar de la ciudad por la pérdida de un gran hombre, unánimemente admirado y querido.

En la mañana siguiente del deceso, Domingo Martínez Luján, el gran bardo vagabundo, hace poco fallecido, me entregó un soneto de corte clásico impecable, que había compuesto en cuanto supo la triste noticia. El original, manuscrito a lápiz y firmado por Domingo, lo conservo como una reliquia. El soneto dice así:

¡PRESENTEN ARMAS!

(Ante el cadáver del doctor Hermilio Valdizán)

Jamás la Musa del Dolor Cristiano,
—ni en las angustias de mis peores días—
romper supo mi voz en elegías,
claudicaciones del concepto humano.

Para tí, ahora difunto veterano,
que, a flor de la trinchera, producías:
ivayan, en ronda triste de armonías,
mis tristes voces a tu mundo arcano!

¡Venga, aquí, a prosternarse, reverente,
ante el hecho fatal que Dios consuma,
deudora tuya: numerosa gente!...

¡Ya tu recuerdo mi memoria inhuma,
y, como un varónil sobreviviente,
presento el arma de mi vieja pluma!...

* * *

En la Pascua de 1929 se nos murió un amigo. Amigo es una persona con quien se puede conversar. No empleo el verbo conversar para referirme al hecho simple de un cambio, por prolongado que sea, de frases. Lo uso en el sentido de convergencia, de comunión, de trueque de juguetes espirituales. En la Pascua de 1929, la Medicina y las Letras peruanas perdieron a un varón insigne, en plena producción; a nosotros, se nos murió un amigo.